

# “EL CAMPO SIGUE VIVO”. UNA INTERPRETACIÓN SOCIOECONÓMICA DEL HOLOCAUSTO

Daniel Álvarez Espinosa

Universidad de Cádiz, Spain. E-mail: daniel.alvarez@uca.es

Recibido: 11 Marzo 2003 / Revisado: 18 Abril 2003 / Aceptado: 12 Mayo 2003 / Publicado: 15 Junio 2003



“...poetas infernales!  
Virgilio, Dante, Blake, Rimbaud...  
¡Hablad más bajo!  
¡Tocad más bajo!... ¡Chist!...  
¡¡Callaos!!  
Yo también soy un gran violinista...  
Y he tocado en el infierno muchas veces...  
Pero ahora, aquí...  
Rompo mi violín... y me callo”  
(León Felipe: “Auschwitz”)

**Resumen:** El presente trabajo pretende ser una crítica de la sociedad moderna, tecnológica e industrial. Alejados de las categorías de una filosofía de la historia con fe ciega en el progreso, consideramos los campos de exterminio como una consecuencia de la *Zivilisation*. Los *vernichtungslager* no son un accidente, pasajero, en el camino hacia la mejora inevitable de la humanidad, sino un producto legítimo de la civilización industrial. Después de los lager, la barbarie no aparece ya representada como la antítesis de la modernidad, sino como su cara oculta, su lado oscuro, su sombrío revés.

**Palabras clave:** historia actual, Segunda Guerra Mundial, Holocausto, nazismo, memoria, capitalismo, memoria, campos de concentración, resistencia, dictaduras.

## INTRODUCCIÓN

**D**achau, Buchenwald, Mauthausen, Auschwitz, Flossenbürg, Treblinka, Ravensbrück, Sobibor, Belzec, Bergen-Belsen... una interminable retahíla que aún resuena en los oídos de los supervivientes, una cartografía trágica que representa el horror repartido por toda Europa. ¿Cómo pudo producirse semejante barbarie en el seno de la civilización occidental?

El Holocausto se ha convertido en algo manido. Un acontecimiento singular corre el peligro de convertirse en tópico, en cliché que vela sus auténticas vivencias e impide cualquier intento de reflexión seria. No establezcamos analogías con otros desastres humanos, porque el Holocausto judío es único. Hoy es contra el africano, contra el "sudaca", contra el gitano; hay un símil con lo de entonces pero, cuidado, no es idéntico.

Tampoco caigamos en interpretaciones religiosas del genocidio, en una perspectiva teológica que lo contemple como un acontecimiento de la Historia Sagrada. El sufrimiento de las víctimas visto como culpa o castigo con que Yahvé expía los pecados del pueblo elegido, la actualización de la posibilidad de morir con que está marcado el judío, en definitiva, "cubrir las cenizas del suceso histórico con el tapiz de lo bíblico"<sup>1</sup>. Términos como "Holocausto" o "Shoah" tienen, en hebreo, un significado sacrificial que tiende a la interpretación religiosa del fenómeno. Y el genocidio nazi no fue un Holocausto propiamente dicho, un sacrificio humano exigido por la divinidad. Las víctimas no fueron ofrecidas a Dios por sus verdugos, como antaño se hacía incluso con los propios hijos (Génesis 22, 2).

A efectos de claridad expositiva, optamos en estas páginas por el término Holocausto al ser el más conocido entre el público. Pero dejemos claro que renunciamos a toda justificación teológica que haga abstracción del fenómeno y pretenda dotar de sentido al padecimiento en los campos de exterminio. La dimensión del genocidio es social y económica, no religiosa.

## 1. EL HOLOCAUSTO ESTÁ DE MODA

En las últimas décadas las difusiones mediáticas del Holocausto han sido objeto de amplia polémica, sobre todo por lo referente a los límites de su representación artística. Largometrajes y series televisivas son acusadas de banalizar el acontecimiento porque, a medida que decrece la imagen documental, se asiste a una apropiación del Holocausto por la industria cultural, fábrica de productos mediáticos y de explotación comercial. De esta manera, "el mayor crimen de la humanidad se ha convertido en [...] un cuento gótico [...] las nuevas generaciones interpretan esas historias en clave de películas de suspense"<sup>2</sup>. Las capacidades manipuladoras que tienen la industria fílmica y sus exigencias, la experimentación de la imagen, la estética eficaz del spot publicitario, en definitiva, la invasión de lo *kitsch*, ha convertido en espectáculo de masas la exposición desvergonzada de las intimidades de las víctimas. La "estetización", la búsqueda del mayor realismo dramático posible, el victimismo, no hace sino reproducir el cuadro de los judíos que sus verdugos querían reflejar. Determinadas imágenes de ficción, que persiguen la intimidación del espectador, chocan, de bruces, con lo intolerable e irrepresentable por la invasión de los umbrales de sensibilidad. Lo infilmable del universo de los campos de exterminio plantea el necesario debate en torno a la legítima representación del Holocausto.

La fórmula de comunicación universal, la que conecta con el pensar del gran público, el horizonte de comprensión de los espectadores, suele ser el realismo más convencional: la "identificación con los héroes ejemplares, el juego entre el aumento de la tensión y descarga aliviadora de la misma, la lógica del *happy end*, la superación de la impotencia y la desesperación, etc. Dominan la escena para hacer conmensurable el horror más extremo"<sup>3</sup>. El tono patético en la descripción de los hechos, el intento de mostrar el espanto supremo mediante la emoción estética, la búsqueda del

placer visual (¿cómplice con los verdugos?), persiguen forzar el estallido emocional de todo el patio de butacas e impactar en el espectador con lágrimas de compasión. Es decir, lograr falsas identificaciones compasivas que no averigüen las causas de lo que se está viendo, "el bálsamo de la autocompasión y la autoglorificación de la víctima [...] olas tibias de solidaridad [que dejen] pasar junto a nuestros oídos la pregunta real"<sup>4</sup>. Las representaciones emocionales resultan imposibles para facilitar una comprensión racional porque bloquean la capacidad de conocimiento del espectador. Es necesario dominar las emociones para abrirse a una comprensión profunda, a una auténtica compasión.

## 2. UN PRODUCTO DE LA MODERNIDAD

A la hora de interpretar el Holocausto es fácil, y recurrente, optar por la salida de emergencia: la culpabilidad alemana y el duelo judío. El nazismo visto como la encarnación del mal en la historia, la perversión del ser humano en forma alemana, "una manifestación entre otras de un fenómeno más amplio y siniestro, llamado totalitarismo del siglo XX"<sup>5</sup>. Una excepcionalidad en la marcha de Europa, un hecho aislado al margen de su continuidad, un "*Sonderweg* [...] con la cual Alemania habría experimentado en su propia piel los rasgos más oscuros del pensamiento europeo"<sup>6</sup>. Debemos advertir que el Holocausto es un acontecimiento histórico de dimensión universal, interpela a la humanidad entera. La responsabilidad es común, del género humano. La tragedia alemana afecta a toda Europa: "Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros que ya somos su víctima. ¿Qué importa que Inglaterra sea el martillo y nosotros el yunque?"<sup>7</sup>.

También resulta muy cómoda la integración de la catástrofe en el contexto bélico: el genocidio visto como un episodio más de una guerra sangrienta, un ejemplo, extremo, de una barbarie general ejercida por todos y asimilado a la "normalidad" de entonces, una página negra en la historia de la humanidad. Con ello se oculta la dimensión singular que tiene el acontecimiento. En la interpretación que hacen las teorías del progreso, el Holocausto es considerado un imprevisto en la travesía de Occidente, "un accidente de trabajo en la obra de la historia"<sup>8</sup>. Siguiendo la tradición de la Ilustración, no se pierde la fe optimista en la razón. Precisamente, el genocidio sería un irracionalismo, un hecho

aislable de toda referencia a lo moderno, el cual se disipa en el relativismo post-moderno. Una locura pasajera, un enloquecimiento repentino de la sociedad alemana, que se dejó invadir por el Diablo. La cordura estuvo ausente de la vieja Europa durante un tiempo, hasta que el triunfo de los aliados vino a restaurar el primado de la razón en el curso normal de la Historia.

No perdamos de vista las condiciones sociales que lo hicieron posible. El Holocausto es una de las capacidades que tiene la sociedad moderna y no una inestabilidad momentánea. No es una regresión, un inquietante movimiento arcaico, sino una fase avanzada del desarrollo de una modernidad que reclama para sí el concepto de progreso. Tampoco es el resultado de un fallo de la misma, de un funcionamiento defectuoso de su modelo de sociedad. El Holocausto es una cuestión central de la modernidad, exactamente, un producto legítimo de la modernidad. No es algo opuesto a ella, sino una posibilidad, una cruda representación de los horrores de esta civilización y su potencial de destrucción. Un ejemplo extremo, pero ejemplo al fin y al cabo, de los mecanismos que regulan el mundo, del resultado que pueden encerrar ciertos proyectos económicos. El rostro más horrible de la sociedad actual, el plexo o su imagen inversa, "una prueba rara, aunque significativa y fiable, de las posibilidades ocultas de la sociedad moderna"<sup>9</sup>; demostró su capacidad para organizar el exterminio en masa.

Detengámonos un momento en hacer un análisis de la relación entre modernidad y barbarie, exactamente, en la barbarie como una posibilidad de la modernidad. Porque no se trata aquí de poner en evidencia un momento de regresión de la modernidad, una recaída de la sociedad civilizada en la barbarie. Civilización moderna y salvajismo no son dos términos antitéticos. El genocidio no fue un proceso irracional; fue una acción -criminal-científicamente planeada y desarrollada, "razonable" dentro de una lógica de producción, donde la bestialidad es sustituida por la eficacia. El asesinato planificado de millones de seres humanos, llevado a cabo con eficacia administrativa y precisión científica por una sociedad altamente industrializada. Un crimen que no fue producto de las bajas pasiones, sino de la racionalidad, de la inteligencia técnica moderna. Un logro de una sociedad altamente desarrollada: organizada, burocratizada, perfeccionista, metódica. Un producto legítimo, por tanto, de la sociedad moderna: se llevó a

cabo de forma racional, científica y eficientemente administrada, o sea, con las normas que esta sociedad ha entronizado e institucionalizado.

### 3. MÁXIMA PRODUCTIVIDAD INDUSTRIAL

Una máquina administrativa burocrática e industrial al servicio de la matanza en serie. Así podríamos definir la red de campos extendida por toda Europa. Un sistema de producción, de muerte, pero sistema, al fin y al cabo. La masacre industrializada. El uso de la técnica moderna con el fin de la destrucción masiva. Un sistema moderno técnicamente desarrollado, sistema de producción, de exterminio, con factorías productoras de muerte donde los judíos son considerados materia prima; un crimen, ejecutado de modo industrial.

En su funcionamiento interno, los campos se parecían a fábricas, a una gran empresa industrial; sin ir más lejos, las chimeneas de los hornos crematorios recordaban las formas arquitectónicas del paisaje industrial. "*Auschwitz war eine Fabrik*" (Auschwitz era una fábrica) dijo un SS destinado en Treblinka- una fábrica de muerte, una matanza masiva, o definida de forma más exacta, la producción industrial de la muerte: "aparecerá como una avería del sistema el hecho de que algunos de nosotros hayamos sobrevivido"<sup>10</sup>. Y una producción en serie reclama organización, una geometría del campo, perfecta y cartesiana, en su intento por atrapar, por aprehender el espacio existente. Elie Wiesel describe así su primera visión del terreno, nada más llegar en tren: "Por el ventanuco distingo las alambradas que se extienden hasta el infinito. Me asalta un pensamiento: es verdad, la Cábala tiene razón; el infinito existe"<sup>11</sup>.

El sistema, industrial, persigue la eficacia máxima en la producción: masiva y en serie; su finalidad es matar el mayor número posible, incrementar la ganancia exclusivamente económica; el campo, no es más que la paulatina exacerbación de la lógica económica: la búsqueda del máximo beneficio al menor costo posible. Los campos han sido ideados y creados, directamente, para exterminar, su lógica es la muerte; por eso, plantearse "sobrevivir al campo de exterminio es un reto simplemente estúpido"<sup>12</sup>. La finalidad del campo decreta la exclusión de cualquier proyecto de vida posterior; allí, el futuro desaparece del horizonte: "¿Sabéis cómo se dice 'nunca' en la

jerga del campo? *Morgen Früh*, mañana por la mañana”<sup>13</sup>.

#### 4. BÚSQUEDA DE LA MÁXIMA EFICACIA

En un plan de exterminio sistemático e industrializado, se impone la búsqueda incansable de métodos de matanza que permitan eliminar a los judíos en mayor número y con la mayor rapidez posible. Un afán de destrucción que llega hasta la implantación, a escala industrial, de métodos de asesinato en masa: fusilamientos, camionetas de gas, y, al final de esa cadena de producción mortal, la cámara de gas, un invento de la técnica moderna.

Un proceso rutinario, casi automático, de matanza, que llegaba hasta la programación ferroviaria (exactitud horaria, lugares concretos de destino). Trabajo preciso, eficaz, organizado e inexcusablemente compartimentado. La producción industrial, la moderna división del trabajo sobre el producto final siguiendo el método taylorista de la organización científica del trabajo. División, según el sistema de una cadena de montaje (*am laufenden Band*), la larga cadena de la maquinaria del mal, un sistema de destrucción: selección al llegar-despojo de bienes personales-envío al gas (escaleras-sala para desnudarse-el tubo-cámara de gas)-incinerar. Todo el proceso, completo, en la misma jornada de trabajo. La estructura laboral del campo es una maquinaria tecnológica racional, concebida para desarrollar una finalidad propuesta muy precisa: la búsqueda del máximo beneficio, que se encuentra en el fondo del proceso de producción. Este modelo de actuación social se explica por el primado de la racionalidad instrumental y su tendencia a ocuparse exclusivamente de los medios, poderosos medios, ocultando los fines. La razón instrumental sabe muy bien cómo conseguir los fines propuestos, pero permanece muda a la hora de definirlos. Erigida ésta en paradigma de la razón, cualquier pretensión de conocer los objetivos finales pasa a ser un asunto irracional. Ser “razonable” se define por lograr una adecuación perfecta, racional, entre medios y fines. Un proyecto con lógica racional sería aquel que esté diseñado con un fin muy preciso. La racionalidad del campo consistiría en el logro del objetivo inicialmente propuesto: el máximo beneficio al menor costo posible.

Para funcionar correctamente, la acción de la racionalidad instrumental no admite la

interferencia de normas éticas. Sólo atiende a los medios (tecnológicos y científicos) no a fines. Por eso, la producción industrial de la matanza exige un lenguaje apropiado, técnico y frío, que designe con precisión una labor metódica: genocidio: “solución final del problema judío” (*endlösung der juden frage*); gaseamiento: “tratamientos suplementarios” (*sonderbehandlungen*); cámaras de gas: “instalaciones especiales” (*spezial einrichtungen*). Con el Holocausto cae definitivamente el mito de la neutralidad de la tecnología y de la racionalidad instrumental. El exterminio masivo de la población judía debería obligar, a la razón moderna convencional, a cuestionarse a sí misma; “qué mayor monstruo generado por la Razón que aquella lógica de muerte en el Lager”<sup>14</sup>.

#### 5. EL EFICIENTE FUNCIONARIADO

“El comandante del campo [...] me hizo sentar junto a una mesa y me tendió una lista de nombres. 'Copie esta lista. Si alguien le pregunta qué hace, respóndale que 'trabajo administrativo' [*amtgeschafte*]. La lista contenía los nombres de las personas muertas la víspera. Era muy larga. Por la ventana podía ver los cadáveres amontonados”<sup>15</sup>. Nos encontramos ante la rigurosa división del trabajo de una empresa moderna, donde cada individuo ocupa su puesto, ejecuta eficazmente una tarea asignada y su responsabilidad está difuminada. Durante el proceso judicial, un periodista describió así el habitáculo transparente construido para defender a Adolf Eichmann de cualquier atentado: “Esa extraña celda no se parecía en nada a una jaula. Recordaba más bien esas cabinas destinadas a aislar a los empleados, a los funcionarios y vigilantes de un grado superior en los bancos y en las gerencias”<sup>16</sup>. Exactamente, son eso, funcionarios eficaces del régimen; cada uno es una pieza del engranaje de la maquinaria burocrática. Una división del proceso de aplicación de la muerte, un proceso -organizado-buscando la máxima eficacia técnica: introducción en las cámaras-activación del gas-transferencia de los cadáveres a los hornos crematorios.

En la cadena de producción de matanza, la ejecución final se confiaba a determinados hombres: los *Sonderkommandos* (comandos especiales). Es un sistema donde cada individuo ejerce una función muy precisa y, por ello, la responsabilidad está parcelada, disuelta, en la complejidad burocrática. De ahí las respuestas,

pronunciadas por muchos de ellos, durante su comparecencia en los juicios: se habían limitado a obedecer, a cumplir con su deber de funcionarios del Estado. Ésa es la característica más acusada del sistema burocrático: la imposibilidad que tiene, cualquier trabajador, para descubrir la responsabilidad de su propia acción. La racionalidad unitaria, que otorga un sentido final a toda acción humana, ha quedado parcelada en racionalidades sectoriales y autónomas. El verdugo que accionaba la cámara de gas, lo único que debía hacer era que el mecanismo funcionara correctamente, sin pensar el objetivo final de su actuación personal, sin preguntarse sobre la finalidad que su acción comportaba: la muerte de seres humanos.

En la vorágine de la eficacia burocrática, la responsabilidad moral de los actos es sustituida por la responsabilidad técnica: "mi obligación es hacer bien mi trabajo". Los verdugos reciben órdenes que deben cumplir con diligencia, precisión y exactitud. La irresponsabilidad jurídica de los asesinatos se encuentra, en este caso, en el acatamiento de un sistema político legalmente constituido. Los funcionarios nazis hicieron lo que debían hacer (o quizás, lo único que podían hacer). El problema de conciencia se les plantea sólo en cuanto a desobedecer las órdenes recibidas. Órdenes que provienen de una autoridad suprema.

Llegados a este punto, se plantea una inevitable pregunta: ¿cómo personas normales pueden llegar a convertirse en asesinos? Una posible respuesta sería, practicando una violencia autorizada socialmente: cumpliendo órdenes. Estamos analizando la actitud laboral de una sociedad moderna, no de salvajes. Como el lector adivinará, intentamos buscar una explicación social de la crueldad, las circunstancias externas que la hacen posible. No perdamos de vista el entramado de condicionantes del sistema. El Holocausto no obedece a una naturaleza específicamente diabólica de los alemanes. Los verdugos no eran unos monstruos: eran funcionarios que, eso sí, hicieron cosas monstruosas. Algunos serían, en la intimidad de sus hogares, tiernos esposos y cariñosos padres de familia, además de honrados trabajadores. El genocidio no lo ejecutaban bestias. Mientras cubría como periodista el proceso a Eichmann, Elie Wiesel observó al inculpado en su jaula de cristal blindado, en su aparente normalidad, la "normal" anormalidad de la condición humana, el potencial de destrucción que puede llegar a albergar en su

interior el género humano: "si al menos fuera posible declarar al inculpado irrevocablemente inhumano, no perteneciente a la especie humana; hubiera preferido que tuviera una cabeza monstruosa, a lo Picasso, con tres orejas y cuatro ojos"<sup>17</sup>. En cambio, Eichmann, en su imagen externa, era humano, demasiado humano.

Cuando nos acercamos al intento de comprender el genocidio, a la cuestión de una explicación, a la búsqueda desesperada de una razón, enseguida nos tropezamos con la banalidad del mal. Estamos ante un mundo que excluye la expresión "¿por qué?": *hier ist kein warum* (aquí no existen porqués). Su "lógica", absurda, no tolera preguntas, sólo admite la obediencia ciega; ya hemos visto que la racionalidad burocrática no se pregunta, sólo admite órdenes. El funcionario ejerce, ejecuta: "Mi reducida preparación intelectual no da para más, mi horizonte vital no es lo suficientemente amplio". Para desempeñar el oficio de funcionario no se puede ser un hombre complejo, de grandes preguntas, el sujeto simple, acostumbrado a no hacerse preguntas, se encuentra a salvo del tormento de preguntarse por qué. Tampoco hay lugar para los sentimientos. La "Solución Final", el asesinato metódico, técnico y administrativo, era llevado a cabo sin pasión: una ejecución consciente pero ausente de toda "ganga" emocional en su aplicación. Se trata de cumplir una tarea administrativa sin experimentar elementos irracionales. En definitiva, de practicar la indiferencia con las víctimas, facilitada por la distancia física con ellas y la invisibilidad durante su ejecución. Un proceso plenamente "aséptico" (el gas *Zyklon*, una modalidad de ácido prúsico, era el método más higiénico y "humano" para aquellos verdugos, aprensivos, que no soportaban ver sangre). A lo que se añade que los judíos no eran asesinados directamente por hombres, sino por una máquina.

El sentimentalismo era muy complicado de experimentar en los campos. Abraham Bomba, peluquero en Treblinka: "sentir algo allí... Allí eso era imposible [...] tener una sensación. Imagínese trabajar día y noche entre muertos, entre cadáveres. Ahí desaparecen sus sentimientos, en el sentimiento usted estaba muerto, completamente muerto"<sup>18</sup>. Muerte, "noche/ noche y noche.- Ve/ hacia el ojo, el húmedo"<sup>19</sup>. Corazones de lluvia, tristes y melancólicos, almas sentimentales, ingenuas y bellas, el oficio de funcionario no está hecho

para vosotros. Zalmen Gradowski, *Sonderkommando* de Auschwitz: "Debemos endurecer nuestro corazón, ahogar cualquier sensibilidad [...] Debemos convertirnos en autómatas, sin ver nada, sin sentir nada, sin saber nada"<sup>20</sup>. Es la deshumanización del mundo. Meier Lau, rabino de Israel ex prisionero en Buchenwald, relata que, en el momento de la liberación, siendo un niño, respondió a un oficial norteamericano que "él era más viejo porque, aunque sólo tenía ocho años, no era capaz de llorar"<sup>21</sup>. Un querubín ya no derrama lágrimas. Su rostro no lo riega la lluvia fecunda, no hay cauce para el agua fresca y salada de sus ojos, "su párpado lo lavan los fuegos,/ su lágrima es vapor./ La estrella ciega vuela hacia él/ y se funde en la más cálida pestaña"<sup>22</sup>.

## 6. LA SOCIEDAD MODERNA

Nuestro propósito parecerá chirriante, intentar demostrar que el campo puede ser contemplado como un microcosmos del mundo que lo ha producido: la sociedad moderna, al menos en sus condiciones laborales. Allí, quién carecía de preparación intelectual y, por el contrario, disponía de una habilidad manual, tenía más oportunidades de trabajar. Asistimos, por tanto, a una primacía social de los oficios manuales sobre las profesiones intelectuales. Al igual que en toda sociedad, en el campo existen grupos diferenciados de individuos que desarrollan distintas actividades, valoradas en grado desigual. La "aristocracia" en el campo era un privilegio obtenido por oficio manual: " En Auschwitz-Monowitz [...] para el albañil, el cocinero, el radiotécnico, el mecánico de automóviles existía la oportunidad, por mínima que fuera, de un puesto de trabajo soportable y con ello cierta expectativa de supervivencia [a] aquel que ejercía una profesión liberal [...] le aguardaba el destino del comerciante que pertenecía igualmente al lumpenproletariado [...] se transformaba en un trabajador no cualificado"<sup>23</sup>.

No interesan los intelectuales, sólo los individuos prácticos, es decir, que tengan capacidad para resolver los problemas planteados por la existencia del campo, que estén en disposición de adaptarse a cualquier precio: "El profesor de instituto o de universidad, al ser interrogado por su profesión, respondía 'maestro', con gesto avergonzado [...] El abogado se transformaba en el más humilde contable, el periodista se hacía pasar por

tipógrafo [...] profesores universitarios, juristas, bibliotecarios, historiadores del arte, economistas, matemáticos, se dedicaban a transportar rieles de tuberías y madera de construcción"<sup>24</sup>. Los titulados en profesiones liberales intentaban ocultar su formación académica y mostrar, en cambio, alguna pericia artesanal. En caso contrario, eran destinados a realizar faenas manuales. Muchos de los que han sobrevivido lo deben a su oficio, a que eran "mañosos"; como recuerda Jorge Semprún, "en mi ficha de Buchenwald, que la escribió un preso alemán que me quería proteger, donde debía poner 'estudiante' pone 'educador'. Él sabía perfectamente que las personas con oficios manuales mínimamente cualificados teníamos posibilidad de trabajar en talleres, y eso aumentaba tus posibilidades de resistir. Si me hubiese inscrito, como lo quería mi vanidad o inconsciencia, como 'estudiante', me hubieran enviado al vecino campo de Dora [...] y nadie aguantaba allí mucho tiempo"<sup>25</sup>. En definitiva, estamos ante una sociedad que no admite la existencia de parásitos. Para sobrevivir, hay que plegarse a la disciplina del campo. Citemos el letrero que, a la puerta, divulgaba su lema: *Arbeit macht frei* (el trabajo libera).

El sistema concentracionario constituye un ejemplo, radical, del mundo que lo engendró: la sociedad de masas y su menosprecio a la individualidad, el anonimato, la pérdida de identidad propia del nombre- y adquisición de uno nuevo un número identificativo- "*Höftling*: me he enterado de que soy un *Höftling*. Me llamo 174517; nos han bautizado, llevaremos mientras vivamos esta lacra tatuada en el brazo izquierdo"<sup>26</sup>. El campo es un sistema que aplasta al individuo que no quiera adaptarse. Un rodillo, una enorme y compleja máquina que tritura al hombre, una organización social que exige eliminar a los que no se ajustan a la realidad impuesta: "Nosotros, las víctimas, quedaremos como los realmente incorregibles, los implacables, como los reaccionarios hostiles"<sup>27</sup>, los que actúan contra la lógica de las leyes del sistema. A aquel sujeto que no quiera adaptarse al sistema vigente, siempre le quedará la posibilidad de enloquecer. Primo Levi describe cuál es la categoría de hombre indestructible: "Elías ha sobrevivido [...] ha resistido a la aniquilación interior porque es un demente [...] el ejemplo humano más idóneo para este modo de vivir"<sup>28</sup>. En una sociedad enloquecida, el individuo cuerdo es, paradójicamente, el catalogado como loco.

El lector percibirá nuestra importante exigencia: buscar estructuras causales, intentar descubrir el significado social que tienen determinadas actuaciones individuales, llegar a una correcta comprensión de la sociedad que nos permita desenmascarar los mecanismos exteriores que determinan nuestros acontecimientos personales, en este caso, el sufrimiento humano. Por ello, nuestro objeto de estudio, el campo, hay que situarlo en un contexto más amplio, la sociedad moderna, que lo hace plenamente comprensible. El método de análisis propuesto articula la perspectiva microsociedad (el *lager*) con la macrosociedad (la sociedad moderna). Podemos suponer que Levi, Améry, y tantos otros, simbolizan, con su postrero suicidio, la decepción experimentada por muchos supervivientes, cuyas expectativas democráticas se vieron defraudadas por las sociedades industriales surgidas después de la guerra. Así se proclama en *Die Ermittlung* [El Oratorio] de Peter Weiss: "Yo he sobrevivido al campo, pero el campo no ha muerto"<sup>29</sup>. Hay "algo" oculto en nuestro respetable orden social, insoportable de ver, que se hizo presente con toda crudeza en el campo. El pintor Zoran Music quizás lo vislumbró: "creo haber descubierto la horrorosa y trágica verdad que estaba destinado a captar [...] una verdad desnuda y desprovista de heroísmo"<sup>30</sup>.

## 7. LA DESHUMANIZACIÓN DEL HOMBRE

El exceso de realidad, el peso absoluto de la terrible realidad, es lo que se impone en el campo. El realismo pedestre y grosero, de los hombres primarios, es el que triunfa. No hay lugar para almas sensibles, elevadas, que quieran ver más allá de la realidad que entra directamente por los sentidos. Para penetrar la poderosa realidad del campo no se requiere preparación intelectual: "no necesitábamos de ningún método de análisis semántico y de ninguna sintaxis lógica: bastaba con ver la torreta de vigilancia y sentir el olor de la grasa calcinada procedente de los crematorios"<sup>31</sup>. Los intensos recuerdos de los supervivientes se refieren a insufribles impresiones físicas, a experiencias extremas de hambre, sed, frío, dolor: el brebaje de comida, el humo de los crematorios elevándose hacia el cielo... noche negra, sin esperanza y sin estrellas; una noche interminable, llena de dolor:

"Negra leche del alba la bebemos de tarde  
la bebemos a mediodía de mañana la bebemos

de noche  
bebemos y bebemos  
cavamos una fosa en los aires no se yace allí  
estrecho"<sup>32</sup>.

Al final del proceso de deshumanización, del ser humano no queda nada, ni siquiera su realidad corporal. Enrique de la Jara, en su ficha de ingreso en Buchenwald, leyó *Merrschäum*: "Estábamos destinados a desaparecer como desaparece la espuma de mar"<sup>33</sup>. O a volatilizarse. A Joan Escuer, cuando llegó a Dachau, un SS le dijo: "De aquí no vas a salir más sino como humo por la chimenea"<sup>34</sup>. El campo no permite el regreso a la maternidad de la tierra, no hay posibilidad de acogerse a su refugio, su regazo no recoge el polvo de los huesos: "en el aire, allí se queda tu raíz, allí, en el aire"<sup>35</sup>.

Llevemos nuestros planteamientos iniciales hasta el extremo: ¿El ser humano? Un compuesto material que hay que incinerar. ¿El acto de morir? Una mera formalidad natural. ¿Los cementerios modernos? La humanidad convertida en una masa de carne muerta, asándose. Zalmen Gradowski, *Sonderkommando* de Auschwitz, describe sus impresiones durante su trabajo: "un cuerpo, un mundo, se reduce a cenizas [...] mundos que ocupaban un sitio en la humanidad, que han vivido, actuado y creado [...] tejido un hilo para el mundo y para el porvenir; dentro de veinte minutos no quedará de ellos ni una huella"<sup>36</sup>. El proceso de incineración es lento y penoso, se hace muy largo; destruir al hombre es difícil, casi tanto como crearlo.

El ser humano no trasciende su realidad corporal, no tiene singularidad propia, forma parte de la realidad terrestre. Es una materia prima que no se destruye, sino que se transforma; materia bruta, reciclable, apta para algún uso industrial. Así lo explica el químico Levi: "las toneladas de ceniza humana de los hornos se utilizaban como abono, como aislante dentro de las paredes o en vez de grava para cubrir los caminos del pueblo de las SS cerca del campo. Sus restos fueron pisoteados"<sup>37</sup>. Cientos de pies allanarán aquel lugar, no quedará ninguna señal del crimen. Muchas víctimas de la guerra no tienen tumbas, ni lápidas que las recuerden. Fueron recicladas totalmente "¿dónde está el arco del triunfo? El monumento de los hipotéticos vencedores son los gigantescos desiertos invisibles en medio de las ciudades y los campos de Europa"<sup>38</sup> - o transformadas en

humo; *Vaus Vaus*, asciende ser humano: "trepan,/ trepan por un campo negruzco, la noche/ no necesita estrellas, en ninguna parte/ se preguntan por ti"<sup>39</sup>.

## 8. MATANDO LA MUERTE

Y al final del proceso de degradación personal, el último paso es la muerte. Los prisioneros no temían a ella en sí misma. No había que vérselas con el acontecimiento del fin de la vida, sino con el morir. En cuanto a la muerte, la angustia no era ante el hecho, sino al modo: "la gente casi no se preocupaba de si había que morir o del hecho de que se tuviese que morir, sino sólo de cómo sucedería. Se conversaba sobre cuánto duraría la agonía hasta que el gas hiciera su efecto. Se especulaba sobre la naturaleza dolorosa de la muerte inducida mediante inyecciones de ácido fénico. ¿Era preferible acabar con un golpe sobre el cráneo o tras una lenta extinción por agotamiento en la enfermería?"<sup>40</sup>. Es decir, que no se quiere morir siendo consciente del hecho. Es el caso de Elie Wiesel: "prefería comer menos o dejar que el hambre me devorara antes que exponerme a los golpes. Así era: la muerte me daba menos miedo que el sufrimiento físico, es decir, el miedo a la muerte"<sup>41</sup>.

La muerte adquiere poco valor en el campo, mediante el desprecio por su dignidad. No hay forma humana de muerte. Han desaparecido sus rituales, es la quiebra total de cualquier representación cultural: "En Auschwitz no había espacio alguno para la muerte en su forma literaria, filosófica o musical [...] Toda reminiscencia poética se tornó insufrible, ya fuera la 'Querida hermana muerte' (*Lieber Bruder Tod*) o la cantada por Rilke: 'Señor, da a cada uno su muerte propia' (*O Herr, gib jedem seinen eigenen Tod*)"<sup>42</sup>. Una muerte desacralizada, desritualizada, rutinaria e indiferente. Sólo queda de ella el acto físico de morir, el cual hay que cuantificar. La muerte de un ser humano es una simple cuestión estadística, un acontecimiento numérico que hay que registrar; para Strangl, el comandante de Treblinka, un asunto banal y fastidioso (más exactamente, oloroso) desde el punto de vista material: "¿Qué vamos a hacer con esta basura?"<sup>43</sup>; un proceso organizado, en masa, anónimo, en el que las víctimas no mueren como seres humanos, lo hacen como cosas.

En el campo la muerte es degradada, reducida a la nada, a su negación: la muerte de la misma

muerte, la aplicación de un proceso aséptico, de incineración, que borra las huellas del crimen que se perpetra. Hablando en términos jurídicos, es la negación del crimen: no hay cuerpo(s) del delito.

## 9. ¡PERO ESTÁ USTED VIVO, QUE ES LO ESENCIAL! ENTONCES EMPIEZA LA PESADILLA

Un psiquiatra neoyorkino, el doctor William G. Niederland, ha acuñado el concepto de *KZ-Syndroms* (Síndrome de campo de concentración) para referirse al conjunto de trastornos nerviosos que afectan a los supervivientes. ¿Cuáles son sus síntomas? Según este doctor, las personas liberadas se muestran reacias, retraídas, "esta gente vive amedrentada y avergonzada. Cuando divisan un policía se apresuran a cruzar a la otra acera. Si alguien llama inesperadamente a su puerta tiemblan de terror"<sup>44</sup>. La tortura no sólo marca, de forma indeleble, la carne del torturado. "Quien ha sufrido la tortura, ya no puede sentir el mundo como su hogar [...] En el torturado se acumula el terror de haber experimentado al prójimo como enemigo"<sup>45</sup>. Viven en un estado de ansiedad crónica, como preparándose para nuevas catástrofes. Muchos temen que lo que antaño ocurrió en Alemania suceda algún día en Estados Unidos. En definitiva, una permanente actitud de desconfianza hacia el mundo, viviendo en constante temor: "vivo siempre en angustia [...] siempre viendo peligro en todo"<sup>46</sup>. Siguen estando allí, en sueños (sufriendo pesadillas) o en la realidad (viendo fantasmas); se vuelven paranoicos, temiendo encontrarse de nuevo con sus verdugos de antaño: "uno de ellos afirmó que había visto a Himmler una noche en la esquina de la calle Cuarenta y Cinco. Otro afirmó que el alcalde de Nueva York era, en realidad, el comandante de Auschwitz disfrazado. Otros insisten en creer que sus esposas no murieron en el crematorio, aunque las vieron con sus propios ojos, sino que viven en Nueva York, escondiéndose, temiendo mostrarse en público. Son los muertos que andan"<sup>47</sup>.

Asimilar la vivencia sufrida, enlazar con la vida cotidiana un acontecimiento que escapa a cualquier experiencia humana, se presenta como una ardua tarea. De aquel mundo no es posible escapar. Se trata de un pasado, no cancelado, que los supervivientes experimentan en su contemporaneidad, de una actualización de los hechos sufridos: "Me ha pasado más de una vez

[...] he levantado la mirada hacia las chimeneas del hotel Hilton [...] y no podía pensar en otra cosa que en el horno crematorio de Stutthof [...] en mis oídos resuenan los gritos del terror y del dolor"<sup>48</sup>. Aquellos días, con sus interminables noches, invaden constantemente sus sueños: "no dejo de evocar, de perseguir esos trenes nocturnos que atraviesan el continente devastado [...] la inexorable progresión hacia la agonía y la muerte de las multitudes judías. Cada vez que oigo silbar un tren, algo se petrifica en mí"<sup>49</sup>. Se proponen olvidar, superar el pasado, y no lo consiguen: "El pasado era durante muchísimos años algo que yo quería olvidar. Y no lo logré. Es imposible"<sup>50</sup>.

Cuando vuelven del campo, no se entienden con su familia. Según relata Imre Kertész, "no les entraba en la cabeza que ahora tendría que vivir con ese destino [...] no podía bastar con decir que había sido un error, una equivocación, un caso fortuito o que simplemente no había ocurrido"<sup>51</sup>. Viven un destino no elegido, que nunca podrán separar del desarrollo posterior de su vida. Llevan una herida que se niega a cerrar, a cicatrizar con el tiempo. La experiencia ha dejado en ellos una marca imborrable, al igual que su seña de identidad: el tatuaje con el número; "la herida en la carne/ deja su huella grabada/ y con el dolor, nos marca/ hasta el día de la muerte"<sup>52</sup>.

Los antiguos prisioneros han sufrido un shock traumático que escapa a su comprensión. Sus vivencias no han sido asimiladas por su conciencia, en el momento de suceder, porque no podían ser elaboradas racionalmente; permanecen, por tanto, sin clausurar. En el superviviente ha sobrevivido su cuerpo, pero no su alma: "el dolor y el sufrimiento se instalan en el ánimo para siempre [...] Todos estos recuerdos no son como la ropa que uno se quita y coloca en el armario. Están anclados en lo más profundo de nosotros y no nos podemos liberar de ellos"<sup>53</sup>. Arthur Koestler dice en sus memorias que quien sale de un campo de concentración "es incapaz de pensar a fondo en otra cosa durante el resto de su vida"<sup>54</sup>.

La experiencia vivida queda confinada en el interior, como un secreto; es un trauma que ha dejado en el alma secuelas indelebles, como permanecen en el cuerpo las heridas de un accidente grave. Lo padecido se sustrae a cualquier manifestación comunicativa, por eso resultan tan significativas las manifestaciones involuntarias del cuerpo que testimonian el

efecto persistente de lo vivido. El superviviente lleva cada instante de sufrimiento marcado en su cara: "Camino con el sentimiento tatuado en mi rostro por todas mis experiencias. ¿Tengo aspecto de ser humano?"<sup>55</sup>. Ya liberado, Elie Wiesel se miró en un espejo. No lo había hecho desde que fue deportado: "Un esqueleto me devuelve mi mirada. Sólo la piel y los huesos. Vi mi propia imagen después de la muerte. En aquel momento despertó en mí la voluntad de vivir. Sin saber por qué, levanté el puño y rompí el espejo"<sup>56</sup>.

Una frase escucha al salir del campo, pronunciada por alguien amable con intención de animarle: "¡sigue Vd. con vida, que es lo esencial!". Precisamente, es entonces cuando empieza la "auténtica desesperación. Y llegaron las noches sin sueño... porque están vivos, mientras sus madres, sus padres, sus hijos, sus esposas, sus hermanas o hermanos perecieron. 'Yo debí morir en su puesto' "<sup>57</sup>. Son víctimas permanentes de un complejo de culpabilidad, castigándose inconscientemente por haber quedado con vida: "¿por qué he sobrevivido cuando otros tantos perecieron?". La supervivencia no es motivo de orgullo, sino de vergüenza. Provoca un remordimiento, un sentimiento de culpa: la culpa del que escapó con vida. Por eso desaparece cualquier triunfalismo; seguir con vida no es una victoria heroica sobre la adversidad. No hay héroes entre las víctimas de los campos nazis, no encontramos ninguna épica en sus recuerdos.

Los supervivientes no fueron unos rebeldes, al contrario de los que se rebelaron y lucharon, los que murieron por su valor; llegan a la dolorosa conclusión de que no son héroes, ni seres excepcionales. No han sobrevivido los más elevados en sentido moral, sino los más egoístas y con menos escrúpulos, individuos dispuestos a ejercer el chantaje, el robo, el uso de la fuerza: "El propio hecho de estar vivos es una estafa: los mejores, los más rectos, los más valientes, honestos y dignos murieron [...] No hubo nada de heroico en nuestra experiencia"<sup>58</sup>. Los que habían quedado con vida sólo eran los más capaces de adaptarse. Para sobrevivir había que comportarse ilegalmente, había que violar las normas. La supervivencia es un desafío a las leyes de la probabilidad, a la lógica del campo; un acontecimiento anómalo, una excepción a las reglas del *lager*, una cuestión de casualidad, de imprevisible fortuna, de azar: "He sobrevivido [...] tirando la moneda de la suerte, siempre he sabido escoger la buena cara. Es una buena

suerte. Injusta, [pero] en el terreno de las probabilidades<sup>59</sup>. Todo ello les hace plantearse el sentido que tiene el sufrimiento y, por ende, la vida. El superviviente representa la inocencia perdida entre almas bellas, sensibles e ingenuas. Vive solitario, alejado de los placeres sencillos que proporciona la vida cotidiana: "¿Cómo puedo ir a un cine cuando mi hijo se convirtió en cenizas en un horno? ¿Cómo puedo ir a bailar cuando mi mujer se transformó en humo en Ravensbrück?"<sup>60</sup>.

En el campo se abrió una herida incurable, imposible de cerrar; ni siquiera con el reconocimiento mundial como escritores: Jean Améry decidió poner fin a su vida en 1978, en una habitación de hotel de Salzburgo; Primo Levi se arrojó por el hueco de la escalera de su casa de Turín, en 1987; Paul Celan saltó al Sena desde el puente Mirabeau, una fría noche de Abril de 1970. Haciéndonos eco de las palabras de I. Kertész, "llegó el oleaje de la desilusión [...] como una marea creciente que golpea alrededor de unos pies que huyen [...] y, por mucho que apuraran los pasos, el agua poco a poco les llegó hasta el cuello"<sup>61</sup>. El superviviente se siente extranjero en tierra extraña. Tzvia Lubetkin, superviviente del gueto de Varsovia, dijo en 1946: "[nunca] imaginamos que cuando emerjamos desde nuestro aislamiento hacia la libertad, encontráramos el mundo que hemos encontrado"<sup>62</sup>. Las esperanzas de los supervivientes, de contemplar una mejor sociedad, al final habían resultado inútiles. Seguía primando el cálculo económico, el incremento de la ganancia de unos pocos privilegiados, es decir, renovadas e incontables víctimas sacrificadas al afán de lucro de la racionalidad económica: "Europa puede dormir tranquila en la beatitud del consumo y de eso que llaman 'progreso' "<sup>63</sup>. El sistema que busca la eficacia máxima en la producción industrial ganó experiencia en los campos: la fabricación en serie y la producción masiva (de muerte). Al final, hubo que plegarse al imperativo económico de la reconstrucción de Europa y engancharse a la locomotora alemana que tiraba del desarrollo económico occidental: "Un pueblo orgulloso [...] por haber salido con éxito una vez más [...] la productividad sin par en el mundo. Pero es el mismo orgullo de antaño, y por nuestra parte es la impotencia de entonces"<sup>64</sup>. El orgullo nacional obtenido gracias al milagro económico de un pueblo "feliz [...] de poder incluirse, tanto aquí como allá, entre las Potencias vencedoras. Sin duda dividido, pero

unido en el acuerdo de haber escapado una vez más"<sup>65</sup>.

Y por último, está la toma de conciencia de la deshumanización que implica el hecho de sobrevivir. La experiencia del lager no hizo mejores a los hombres, ni más maduros, ni más sabios; del campo de sale desnudo, vacío y desorientado. El "hombre deshumanizado" es la nueva figura surgida de los campos. El informe del primer oficial aliado que entró en Buchenwald describe una "especie nueva" (¿el canon estético de las pasarelas de moda modernas?): "Esos hombres ya nada tienen de humano [...] no teniendo ya torso ni nalgas, sino tan sólo brazos y piernas. Sólo los ojos y las mandíbulas conservan un aspecto humano [...] una especie desconocida de altos bípedos blancos"<sup>66</sup>.

## 10. ESCRIBE, ESCRIBE, QUE QUEDA TESTIMONIO

No resulta fácil testimoniar. Después de la liberación de los campos, se impuso en los supervivientes la huida hacia delante: "Muchos prefirieron no volver la vista atrás, en una actitud de lucha por vencer a la muerte que les pisaba los talones y les golpeaba el pensamiento y el sentimiento"<sup>67</sup>. Se trata de una experiencia que, en vez de enriquecer, hace enmudecer. Los supervivientes tardaron mucho tiempo en poder escribir sobre lo vivido. Recordar un pasado traumático posibilita un proceso catártico y liberador, pero también se torna en vivencia de nuevo. La comunicación de las experiencias vividas supone, en este caso, una reproducción del trauma. Por ello, en los supervivientes venció la tentación de callar los padecimientos mediante una cura de silencio, una terapia de olvido. Jorge Semprún explica las razones del abandono de sus inmediatos intentos de elaborar literariamente sus experiencias vividas: "Hubiera sido imposible sobrevivir a la escritura. El único final previsible de aquella aventura de querer dar testimonio hubiera sido mi propia muerte"<sup>68</sup>. Semprún comprendió enseguida que tenía que elegir entre la escritura o la vida. Optó por la vida, durmió el recuerdo.

Pero al final, nace el testigo. Con el paso de los años, se impone la necesidad de hablar como liberación interior; la escritura actuando como una especie de exorcismo: "explorar nuestra memoria hasta sus más recónditos recovecos, para vaciarla, purificarla, contando en voz alta todo lo que sabemos"<sup>69</sup>. Escribir, como acto

terapéutico y, *Achtung!*, también para limpiar una lengua enemiga: la alemana, esa misma lengua, con su sonoridad característica, seca y cortante, en que habían escuchado las órdenes aulladas por los verdugos. J. Semprún recuerda que, durante sus noches en Buchenwald, "dos palabras, *Krematorium*, *ausmachen* [crematorio, apaguen] estallaban largamente en nuestros sueños, nos llenaban de ecos"<sup>70</sup>. En contra del aforismo lapidario de Adorno "escribir un poema después de Auschwitz es un acto de barbarie"- muchos supervivientes reclaman la necesidad de una lírica terapéutica. Ante la negación radical del tradicional humanismo alemán, sólo queda el legado de su lengua mancillada, su rítmica musicalidad, la misma que hacía danzar a las víctimas: "Tú, lengua de Alemania, eres tu obra/ capital: el amor entrelazado/ de las voces compuestas, las vocales/ abiertas, los sonidos que permiten/ el estudioso hexámetro del griego/ y tu rumor de selvas y de noches"<sup>71</sup>.

El deseo de contar la experiencia vivida responde a una motivación interior: el deber de mostrar, de testimoniar. Contribuir personalmente a la conciencia social, a la memoria histórica: que el mundo no olvide. Recordar el pasado a toda costa, cumplir la promesa que se hicieron los supervivientes antes de separarse: dar testimonio de lo vivido, para que nunca se vuelva a repetir nada semejante. Un imperativo que no surge inmediatamente después de la liberación de los campos. Ya se va gestando durante el cautiverio. Según recuerda Violeta Friedmann, "los más antiguos siempre nos decían nombres para que los que sobrevivieran los recordaran"<sup>72</sup>. Hablar a los vivos, antes de morir, "que salga un mensajero y comunique un mensaje [...] al mundo de afuera. Que dé testimonio"<sup>73</sup>. Contemos, evitemos que el verdugo diga la última palabra, una palabra transmitida es una victoria sobre la muerte.

Escribir, hollar el papel, en este caso, no es otra cosa que -en palabras de I. Kertész- "cavar, seguir cavando la fosa que otros empezaron a cavar para mí en las nubes, en los vientos, en la nada"<sup>74</sup>. La última palabra corresponde siempre a los muertos: "Sólo las víctimas requerían mis esfuerzos y mi abnegación [...] testimonio por ellos, no por mí"<sup>75</sup>. Ése es el deber del superviviente: la memoria. Le ha sido encomendada una misión: transmitir, "consagrar toda mi vida, mi supervivencia, a declarar por todos aquellos a quienes se llevó la tormenta de ceniza"<sup>76</sup>. El acto de escribir como operación de

salvamento de los que han muerto, un intento de rescatarlos del olvido, los libros como cementerio y lugar de conmemoración.

Poder hablar, dejar testimonio, fue una de las escasas razones para seguir viviendo: "Sólo he quedado vivo para contarlo"<sup>77</sup>. La acuciante necesidad, de dar testimonio, hizo adquirir el compromiso de sobrevivir: "debo seguir viviendo [...] Alguien tiene que decir al mundo lo que ha sucedido"<sup>78</sup>. Ramón Bargeño, ex prisionero de Mauthausen, apela a la voluntad de supervivencia, al deseo de luchar contra la muerte para poder ser testigos: "Había que resistir al suicidio, no caer en la tentación, como les ocurría a los que se lanzaban contra las vallas electrificadas"<sup>79</sup>. Una vida reducida a lo esencial: dar testimonio. Así lo declara Zoran Music: "para mí depende todo de esas hojas de papel [...] llegar a enseñarlas"<sup>80</sup>. Una motivación semejante mueve a escribir a Y. Wiernak: "Sólo para ti, querido lector, sigo aferrado a mi vida miserable, aunque ha perdido todo atractivo para mí"<sup>81</sup>.

Pero no les va a resultar sencillo a los testigos dar testimonio, como bien le advertían sus carceleros. Es el caso, por ejemplo de Simón Wiesenthal, a quien un SS le previno: "ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar, el mundo no lo creería [...] aunque alguno de vosotros llegase a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos"<sup>82</sup>. Es el conflicto entre la necesidad de ser escuchado y la imposibilidad de serlo, el rechazo del público que relata P. Levi: "Cuando estaba en el campo de concentración tenía siempre el mismo sueño: soñaba que regresaba, que volvía con mi familia y les contaba, pero no me escuchaban. La persona que tengo delante no me escucha. En el campo les conté a mis amigos este sueño y me contestaron: a nosotros nos pasa lo mismo"<sup>83</sup>. Lo ocurrido resulta demasiado monstruoso para los oyentes, insoportable e inconcebible: su realidad se sustrae al ámbito de lo imaginable; valga la redundancia, es imposible de imaginar. Cuando sea narrado no podrá ser creído. Por eso los aliados, poco después de la liberación, obligaron a los ciudadanos alemanes a visitar los campos: para que fueran testigos. Lo sucedido se sitúa más allá de la imaginación. Si las mismas víctimas no podían creer lo que estaban padeciendo, si planteaba problemas de recepción en el momento de suceder, "imagínese" ahora. Hoy, como antaño, no se puede imaginar aquello.

En la tesis de la incomprensibilidad de los crímenes se unen la ininteligibilidad del superviviente y la incapacidad del interlocutor, la incomprensión manifiesta de éste por una experiencia ajena, solitaria e incompatible, cuyo recuerdo perseguirá siempre a aquél con el tormento de su incomunicabilidad. Los supervivientes ofrecen el plato de una información indigerible, inasimilable, impensable; en definitiva, no razonable: en su esfuerzo por comprender los hechos, la razón queda reducida a la impotencia. Se ha presentado, en forma de desnuda realidad, algo que resulta espantoso y que la cultura occidental no quiere conocer por la vergüenza que le provoca, ese instinto de inhibición que se nos despierta ante hechos cuya crueldad rebasa nuestra imaginación.

## 11. GUARDEN SILENCIO, POR FAVOR

En 1979, Elie Wesel encabezó una delegación que visitó Auschwitz-Birkenau. Cuando estuvo junto con otros supervivientes en aquel lugar, resultó que no había palabras... no había nada que decir. El silencio se convierte aquí en sonoro testimonio. Un silencio que representa la imposibilidad de comunicar la experiencia vivida: "Lo que yo intento es introducir tanto silencio como sea posible. Desearía que mi obra no fuera juzgada por las palabras escritas sino por su peso en silencio"<sup>84</sup>. El escepticismo frente a las posibilidades verbales, el postulado de que el silencio es la única postura acertada ante el Holocausto, procede de la responsabilidad misma de la supervivencia: "atreverme a hablar aquí en nombre y en lugar de tantos miles de muertos"<sup>85</sup>. En toda tentativa explicativa siempre existe el riesgo de que sus expectativas de buscar un sentido constituyan una justificación de lo sucedido: "¡Atención! ¡No hay que decir demasiado! ¡El secreto de la verdad está en el silencio! Éste es, pues, el dilema: callar resulta imposible, hablar está prohibido"<sup>86</sup>.

Pero no confundamos silencio con mutismo. El silencio no pretende ser aquí olvido, sino presencia que haga resistencia a la voz exterminada. El propósito del testigo no es superar, sino buscar una forma adecuada de expresar lo indecible, articular un lenguaje que exprese la experiencia vivida. Precisamente, es en este intento donde aparece la imposibilidad del testimonio, como refleja la palabra indescifrable "mass-klo, matisklo" del niño Hurbinek<sup>87</sup>, una vida segada en sus inicios que

se ha llevado consigo el enigma de su palabra. Cuando se deja al habla racional sin argumentos, hay que aprender a escuchar el silencio, o más exactamente, la palabra de quien no puede hablar. El balbuceo inicial, el sonido gutural del pequeño Hurbinek, representa la carencia de palabras para expresar el genocidio; la voz incapaz de articular, la palabra todavía no pronunciada, no dicha, sobre el Holocausto. Para testimoniar, primero hay que escuchar a quienes se les ha arrebatado la palabra<sup>88</sup>. Primo Levi es consciente de la dificultad que implica dar testimonio: "Nosotros, los supervivientes, no somos los testigos auténticos [...] Los que atestiguaron el verdadero horror fueron los que no volvieron, los 'hundidos'... Hablamos en su lugar"<sup>89</sup>.

Los supervivientes no conocieron las cámaras de gas. No hay testigos, no hay supervivientes de la experiencia de la muerte, de la muerte "vívida". Los que hablan ahora no han llegado hasta el fondo del *lager*, no han tenido la experiencia final del campo: no han muerto; no pueden, por tanto, ser testigos. No existe literatura sobre el interior de las cámaras de gas, los textos sólo llegan hasta las antecámaras del horror final. La pregunta que Elie Wiesel hizo a Hannah Arendt, cuando ésta pretendía saberlo todo sobre el Holocausto, constituye un método hermenéutico en este sentido: "¿Cómo hace para saber, si estaba usted en otra parte?"<sup>90</sup>.

No nos equivoquemos. La falta de supervivientes no niega el hecho. Los negacionistas (o revisionistas<sup>91</sup>) pretenden enseñarnos que de las duchas sólo salía agua. En la tradición judía, la muerte de un hombre es un acontecimiento muy íntimo, que sólo le pertenece a él. "Más vale que las cámaras de gas permanezcan cerradas para las miradas indiscretas. Y para la imaginación. Nunca sabremos lo que ocurrió tras las puertas de acero"<sup>92</sup>. *Nuit et brouillard*, el descomunal film de Alain Resnais, finaliza con una imagen muy significativa: los techos de hormigón de las cámaras de gas de Buchenwald, en donde se ven huellas de manos y marcas de arañazos; "no quedan portavoces ni auditorio/ que os hagan eco a vos (sin voz ni voto)"<sup>93</sup>. Los mudos gritos de esas marcas constituyen los ecos permanentes de aquel lugar, la inscripción grabada de lo no dicho, el testimonio desafiante de quién ya no tiene palabra. De los "auténticos" testigos sólo nos queda el silencio de su total aniquilación. Un silencio que aquí no es tal, parece callar, pero es la voz de la mudez; significa un modo de

lenguaje, un intento de dar voz a todos los que fueron enmudecidos: el silencio que no deja lo indecible sin ser dicho.

## CONCLUSIÓN

Hemos intentado interpelar al lector, cuestionar anodinas existencias planteando relaciones con un mundo del cual creemos que no tenemos nada que ver. Parece que eso no nos concierne, que no pertenece a Europa. Suponemos que son otros -los nazis del III Reich- los culpables de todo aquello, y mientras, nosotros nos sentimos a salvo, sin poner en cuestión el sistema económico en el cual vivimos confortable y pacíficamente instalados. En mayor o en menor medida, somos herederos de ese pasado, de aquel mundo económico y social que lo hizo posible, una "forma de habitar (*Wohnen*) la tierra natal (*Heimat*) germánica"<sup>94</sup>. La mala conciencia que provoca en los europeos ha hecho que se suprima la Historia. Y buscar la relación entre el Holocausto y la modernidad es un reto que nos afecta a todos<sup>95</sup>. El Holocausto no es un acontecimiento ya cerrado en su dimensión temporal, no finaliza en 1945, sus efectos persisten en nuestros días: "el campo no cierra sus puertas con la llegada de los aliados sino que éstas siguen abiertas"<sup>96</sup>, no se limita a su espacio acotado, afecta a todos los terrenos de nuestra moderna civilización.

El nazismo queda como un lejano y mal recuerdo, pero las emanaciones de su gas letal seguirán llegando hasta hoy en nuestra incapacidad para descubrir su auténtica dimensión: la sociedad moderna, tecnológica e industrial. Hoy no hay hornos crematorios pero siguen muriendo miles de personas al día por intereses económicos (razón de Estado, ajustes de mercado, petróleo...). Hay "algo" en nuestro orden social, oculto, latente, que mantiene la posibilidad de que aquello pueda volver a repetirse. Los verdugos del mañana esperan ocultos en las aristas de la modernidad. Finalizamos nuestra reflexión con una advertencia lanzada en la Asamblea de Madrid, en Mayo de 2001, durante un acto en recuerdo del Holocausto: "Auschwitz está aquí, en un lugar concreto, en Europa"<sup>97</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> Pons, A., "Amalgama redención". *Lateral*, 99 (2003), 34.

<sup>2</sup> Dés, M., "Holocaustomanía". *Lateral*, 99 (2003), 5.

<sup>3</sup> Zamora, J. A., "Estética del horror. Negatividad y representación después de Auschwitz". *Isegoría*, 23 (2000), 191.

<sup>4</sup> Kertész, I., "¿A quién pertenece Auschwitz?". *Lateral*, 57 (1999), 14.

<sup>5</sup> Maestre, A.: "Deutschland über alles!". *Claves de Razón Práctica*, 4 (1990), 22.

<sup>6</sup> Beneyto, J. M.: "Auschwitz, Berlín, Europa". *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, 61 (1999), 49.

<sup>7</sup> Borges, J. L., "Deutsches Requiem", en *El Aleph*. Madrid, 2001, 103.

<sup>8</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia, 2001, 164.

<sup>9</sup> Baumam, Z., *Modernidad y Holocausto*. Madrid, 1998, 15.

<sup>10</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 165.

<sup>11</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes van al mar*. Madrid, 1996, 91.

<sup>12</sup> Steinberg, P., "Otro Auschwitz es matemáticamente imposible". *El País* (Babelia), 2 de Octubre 1999, 10.

<sup>13</sup> Levi, P., *Si esto es un hombre*. Barcelona, 1987, 140.

<sup>14</sup> Camps, V., "La literatura como testimonio. El testimonio de la literatura". *Quimera*, 165 (1998), 27.

<sup>15</sup> Birger, T., *Una memoria del Holocausto*. Madrid, 2000, 123.

<sup>16</sup> Kessel, J., "El proceso Eichmann". *Raíces*, 47 (2001), 31-32.

<sup>17</sup> Wiesel, E., "Ecos del horror". *Lateral*, 16 (1996), 13.

<sup>18</sup> Zamora, J. A., "Estética del horror...", op. cit., 16.

<sup>19</sup> Celan, P., "Reja de lenguaje", en *Obras Completas*. Madrid, 2000, 146.

<sup>20</sup> Mesnard, P.; Saletti, C. (eds.), "En pleno infierno". *Raíces*, 50-51 (2002), 80.

<sup>21</sup> Comas, J., "El '¡nunca más!' a Buchenwald, único punto común en la polémica sobre su liberación hace 50 años". *El País*, 10 de Abril de 1995, 3.

<sup>22</sup> Celan, P., "De umbral en umbral", en *Obras Completas...*, op. cit., 104.

<sup>23</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 54.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 55.

<sup>25</sup> Martí, O., "La memoria del Gueto". *El País Semanal*, 1.366 (2002), 60.

<sup>26</sup> Levi, P., *Si esto es un...*, op. cit., 29.

<sup>27</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 164.

<sup>28</sup> Levi, P., "Si esto es un hombre". *Lateral*, 4 (1995), 23.

<sup>29</sup> Pérez Navarro, F., "La culpa de Auschwitz". *Índice*, 219-220 (1967), 43.

<sup>30</sup> Bárcena, F.; Mélich, J. C., "La lección de Auschwitz". *Isegoría*, 23 (2000), 230

<sup>31</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 78.

<sup>32</sup> Celan, P., "Fuga de muerte", en *Obras Completas...*, op. cit., 423.

<sup>33</sup> Sánchez, B., "Yo fui esclavo de los nazis". *El Semanal*, 698 (2001), 27.

<sup>34</sup> Schoepp, S., "Los judíos de Franco". *Lateral*, 93 (2002), 17.

- <sup>35</sup> Celan, P., "La rosa de nadie", en *Obras Completas...*, op. cit., 203.
- <sup>36</sup> Mesnard, P.; Saletti, C. (eds.), "En pleno infierno...", op. cit., 80-81.
- <sup>37</sup> EAUDE, M., "Primo Levi, la voz de la razón". *Lateral*, 16 (1996), 14.
- <sup>38</sup> HACHUEL, H., "¿Schindler?". *Raíces*, 19 (1994), 7.
- <sup>39</sup> Celan, P., "Reja de lenguaje"..., op. cit., 144.
- <sup>40</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 75.
- <sup>41</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 95.
- <sup>42</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 74.
- <sup>43</sup> Sereny, G., *En aquellas tinieblas. De la eutanasia al genocidio*. Madrid, 1978, 211.
- <sup>44</sup> Gun, N. E., *Dachau*. Barcelona, 1973, 312.
- <sup>45</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 107.
- <sup>46</sup> Mendoza, M., "[Entrevista a] Violeta Friedmann". *Noticias Obreras*, 1.140 (1995), 17.
- <sup>47</sup> Gun, N. E., *Dachau...*, op. cit., 313.
- <sup>48</sup> Birger, T., *Una memoria del...*, op. cit., 186.
- <sup>49</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 88.
- <sup>50</sup> Mendoza, M., "Entrevista a [Violeta Friedmann]"..., op. cit., 17.
- <sup>51</sup> Dés, M., "En busca de un destino". *Lateral*, 62 (2000), 29.
- <sup>52</sup> Vándor, A., "Réplica (No estamos tan lejos)". *Raíces*, 22 (1995), 47.
- <sup>53</sup> Birger, T., *Una memoria del...*, op. cit., 187.
- <sup>54</sup> Pardo, J., "Las dos caras de los campos de concentración". *El Mundo*, 11 de Octubre de 2002, 38.
- <sup>55</sup> Shapiro, S., "A la escucha del testimonio de la negación radical". *Concilium*, 195 (1984), 177.
- <sup>56</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 377.
- <sup>57</sup> Gun, N. E., *Dachau...*, op. cit., 314.
- <sup>58</sup> Steinberg, P., "Otro Auschwitz es...", op. cit., 10.
- <sup>59</sup> *Ibid.*
- <sup>60</sup> Gun, N. E., *Dachau...*, op. cit., 314.
- <sup>61</sup> Narbona, R., "Fuga de muerte. (Imre Kertész o la ética del fracaso)". *Quimera*, 223 (2002), 57.
- <sup>62</sup> Inbar, H., "Auschwitz está aquí". *Raíces*, 48 (2001), 14.
- <sup>63</sup> Roig, M., "El mañana me pertenece". *Cuadernos para el diálogo*, 118 (1973), 404.
- <sup>64</sup> Améry, J., *Más allá de la culpa...*, op. cit., 165-166.
- <sup>65</sup> Grass, G., "Escribir después de Auschwitz". *Claves de Razón Práctica*, 3 (1990), 74.
- <sup>66</sup> Sucasas, A., "Anatomía del Lager. (Una aproximación al cuerpo concentracionario)". *Isegoría*, 23 (2000), 199.
- <sup>67</sup> Cuesta Bustillo, J., "La memoria del horror, después de la II guerra mundial". *Ayer*, 32 (1998), 86.
- <sup>68</sup> Zamora, J. A., "Estética del horror...", op. cit., 194.
- <sup>69</sup> Semprún, J., "Memoria del ex deportado 44.904". *El País*, 10 de Abril de 1995, 4.
- <sup>70</sup> Sánchez, B., "Yo fui esclavo...", op. cit., 27.
- <sup>71</sup> Borges, J. L., "Al idioma alemán", en *Obras Completas*, II. Madrid, 1999, 315.
- <sup>72</sup> Mendoza, M., "[Entrevista a] Violeta Friedmann"..., op. cit., 16.
- <sup>73</sup> Shapiro, S., "A la escucha del...", op. cit., 178.
- <sup>74</sup> Monmany, M., "El exilio como sobrevivencia ética". *Revista de libros*, 72 (2002), 43.
- <sup>75</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 104.
- <sup>76</sup> *Ibid.*, 105.
- <sup>77</sup> Levi, P., *La tregua*. Barcelona, 1988, 59.
- <sup>78</sup> Shapiro, S., "A la escucha del...", op. cit., 177.
- <sup>79</sup> Hermida, X., "La cruda historia en directo". *El País*, 14 de Octubre de 2002, 32.
- <sup>80</sup> Bárcena, F.; Mélich, J. C., "La lección de...", op. cit., 231.
- <sup>81</sup> Shapiro, S., "A la escucha del...", op. cit., 177.
- <sup>82</sup> Ramoneda, J., "Contra el pudor". *Lateral*, 48 (1998), 28.
- <sup>83</sup> Dés, M., "¿Cómo contar bien el Mal?". *Lateral*, 77 (2001), 30.
- <sup>84</sup> Wiesel, E., "Presentación". *Isegoría*, 23 (2000), 5.
- <sup>85</sup> Semprún, J., "Memoria del ex...", op. cit., 4.
- <sup>86</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 105.
- <sup>87</sup> El suceso al que se hace referencia aparece narrado en Levi, P., *La tregua...*, op. cit., 21-23.
- <sup>88</sup> Vid. el estudio pedagógico de Forster, R., "Hurbinek: la palabra inaudible o el decir después de Auschwitz", en AA. VV., *El exilio de la palabra. En torno a lo judío*. Buenos Aires, 1999, 237-246.
- <sup>89</sup> EAUDE, M., "Primo Levi, la voz..." , op. cit., 14.
- <sup>90</sup> Wiesel, E., "Ecos del..." , op. cit., 13.
- <sup>91</sup> Vid. Rodríguez, J. L., "El revisionismo en torno a las cámaras de gas. ¿Debate histórico o político?". *Claves de Razón Práctica*, 19 (1992), 73-79; Vidal, C., *La revisión del Holocausto*. Madrid, 1994.
- <sup>92</sup> Wiesel, E., *Todos los torrentes...*, op. cit., 89.
- <sup>93</sup> Achterber, G., "Auschwitz". *Raíces*, 44 (2000), 4.
- <sup>94</sup> Quesada, J., "Pensar (Denken) Auschwitz". *Claves de Razón Práctica*, 89 (1999), 56.
- <sup>95</sup> Vid. Serrano Haro, A., "Selección bibliográfica del proyecto de investigación 'La Filosofía después del Holocausto' ". *Raíces*, 45 (2000-01), 41-47. El proyecto, formado por un colectivo de filósofos españoles, argentinos y mejicanos, dirigidos por Reyes Mate, viene desarrollándose desde el año 1988 en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- <sup>96</sup> Mate, R., "Restos humanos". *Claves de Razón Práctica*, 121 (2002), 76.
- <sup>97</sup> Inbar, H., "Auschwitz está..." , op. cit., 14.